

os suplico que enviéis Aquel que debéis enviar;» David: «Levantaos en vuestro poder y venid á salvarnos. ¡Oh cielos, inclinaos y bajad!» Y el Eclesiástico: «Apresúrese el tiempo, venga pronto el fin y cuenten los hombres vuestras maravillas.» Los nombres que esos Profetas le dan y las imágenes bajo las cuales le presentan expresan admirablemente y profetizan este amor. El Patriarca Jacob llama al Mesías *Deseo de los collados eternos*; el Profeta Ageo : el *Deseado de todas las naciones*; el Profeta Isaías : *Dios con nosotros, Padre del siglo futuro y Príncipe de la paz*, y además le compara al rocío, que es dulce y fecundo, que cae sobre la tierra y se eleva al cielo; y, finalmente, Oseas dice de este rocío que su elevación se prepara y se forma como la elevación de la aurora.

Ahí están expresados, entre otros muchos, algunos rasgos de esta gran predicción del Mesías, inspirada por Dios á los Profetas para que Aquél fuera conocido de Israel y del mundo. No hay duda que no tiene igual claridad todo lo que á Él se refiere, y es también indudable que solamente de Él podía venir la luz plena y perfecta; y quizá por esa misma oscuridad todos los judíos, que se extendieron en gran número por todo el imperio romano, no entendían de la misma manera lo que desde entonces pudiera comprenderse y referirse á Él en aquellos anuncios proféticos. Pero había, sin embargo, bastante claridad para despertar las tradiciones que, en cuanto á lo esencial, se conservaban ocultas en los lejanos períodos de la historia, y para hacer

penetrar en el gentilismo más rayos de aquella verdad que sus sabios se habían resistido á recibir. Así se comprende de dónde pudo recoger Sócrates la idea tan extraña del justo aborrecido y clavado en la cruz, y Platón y Cicerón lo que han escrito relativo á la divinidad é inmortalidad del alma. Así se advierte de qué voces eran eco aquellos presentimientos de los pueblos y aquellas sorprendentes predicciones de los poetas, cuando anunciaban el Rey que se levantaría de Judea, el Niño maravilloso que cambiaría el curso de las cosas y que había de establecer un orden enteramente nuevo.

Nosotros, nacidos en el transcurso de los tiempos y que hemos tenido la dicha de recibir de Dios la plenitud de dones tan maravillosos, podemos comparar el original con el retrato ejecutado de antemano, y por esa razón el cuadro se nos presentará mucho más perfecto y grandioso. Es evidente la concordancia que existe entre la realidad y la profecía que la anunció, y para eludir tanta evidencia, algunos llamados sabios se han visto obligados á lanzarse resueltamente al sofisma y al absurdo. Han dicho que muchas profecías habían sido inventadas ó interpoladas en la Escritura; y como esta suposición no permitía prolongar la cuestión, porque, aunque no sea más que con respecto á la traducción, tiene siempre el Antiguo Testamento una fecha cierta con muchos siglos de anterioridad á Jesucristo, se han visto precisados á suponer también que el Evangelio era asimismo una combinación hecha de acuerdo con las pro-

fecias. Algunos historiadores modernos abrazan, en cuanto su audacia se lo permite, este especioso sistema; pero ni éste, ni su ciencia les reportan grandes ventajas. Muchas profecías, así del Antiguo como del Nuevo Testamento, no han tenido su cumplimiento más que mucho tiempo después de la época en que fueron redactados los Evangelios. Suponiéndola tan cercana como sea posible, es menester confesar que aquellos *falsarios*, bastante sabios para inventar su Cristo conforme á las profecías, han tenido además que ser ellos mismos unos profetas; mas como sin rubor no se pueden afirmar tales contestaciones, es preferible abandonarlas para recordar una última profecía dada por Dios para obligar á la incredulidad á refugiarse en el reducto de su negación brutal.

«Dios revela manifiestamente á Daniel la época en que había de venir este Cristo tan deseado, y cómo había de cumplir la misión que le estaba confiada, que era la de redimir el género humano. Mientras que ese Profeta se ocupa de la cautividad de su pueblo en Babilonia y de los setenta años que Dios la había prefijado de duración, en medio de fervientes votos que él hacía por la libertad de sus hermanos, se eleva de repente á misterios lo más altos y sublimes, y en esa elevación se le presenta otro número de años diferentes y otra libertad mucho más importante; porque en lugar de los setenta años predichos por Jeremías, contempla con evidencia profética el curso de setenta semanas, comenzando á contar á lo más desde el decreto

de Artajerjes el año vigésimo de su reinado para reedificar la ciudad de Jerusalén. Ahí está marcado en términos precisos, hacia el fin de estas semanas, la remisión de los pecados, el reino eterno de la justicia, el entero cumplimiento de las profecías y la unción del Santo de los santos. El Cristo debe tomar á su cargo y aparecer como conductor del pueblo después de sesenta y nueve semanas, pasadas las cuales debe ser condenado á muerte: debe morir de muerte violenta; y es preciso que sea sacrificado para que los misterios tengan su cumplimiento. Entre las otras se señala una semana, y ésta es la última, es decir, la septuagésima, y en ella será Cristo crucificado y confirmada la nueva alianza; y á la mitad de ella serán abolidos los sacrificios y oblaciones, lo que sucedió, sin duda, por la muerte de Cristo, porque en seguida de su muerte fué cuando se notó ese cambio. No se ve más que horror, confusión y la abolición de los sacrificios después que murió Jesucristo, ni queda más que la ruina de la Ciudad Santa y la destrucción del Santuario, y un pueblo y un conquistador que vienen para destruirlo todo; y la abominación se ve en el templo, que es la última é irremediable desolación de un pueblo ingrato para con su Salvador.

»Esas semanas, reducidas á semanas de años, conforme al uso que frecuentemente se ve en las Santas Escrituras, componen cuatrocientos noventa años, y nos conducen precisamente desde el año vigésimo del reinado de Artajerjes á la última de dichas semanas, semana memorable y llena de misterios, en

la que Jesucristo, inmolado en la cruz, pone fin con su muerte á los sacrificios de la Ley, y cumple todo lo que en ella estaba prefigurado y anunciado.

»Los doctores y publicistas han formado diferentes cómputos con el fin de explicar á Jesucristo y la fecha de su pasión y muerte, y el tiempo y número de semanas anunciadas por Daniel; y no sería extraño que hubiese entre ellos algunas ligeras diferencias acerca de la exactitud del cómputo, tratándose de un período de cuatrocientos noventa años, pero nunca resultaría de tal diferencia cuestión alguna de importancia. Dios, sin embargo, ha querido desvanecer toda duda, si alguna pudiera haber, por una decisión suprema que no admite réplica, poniendo á la faz del mundo un acontecimiento que habla muy alto y está por encima de todas las sutilezas de los cronólogos. Tal es la ruina y dispersión del pueblo judío, que ha tenido lugar después de la muerte de Nuestro Señor, y que es un hecho público é incontrastable, capaz de llevar la convicción al ánimo de los que tengan más reparo en asentir al cumplimiento de tan insigne profecía» (1).

Las semanas de Daniel tocaban á su término, y la señal anunciada por Jacob se presentaba á la vista de todos. El cetro había salido de Judá, y sobre el trono de David se sentaba Herodes, que ni era de la familia real, ni descendiente de Israel, y

(1) Bossuet, *Discurso sobre la Historia Universal*.

solamente reinaba por favor del imperio romano. La política del tirano Herodes enaltecía el templo, mientras que deshonraba el



Lámina 17.—Visión de Ezequiel. El Verbo anunciado al mundo por los cuatro Evangelistas, representados en sus símbolos (Ezequiel, cap. 1).—Cuadro de Rafael, en la galería de Florencia.

sacerdocio, pues había puesto en venta el pontificado supremo, y seguidamente fué cambiado, destituido y reemplazado por el

príncipe ó por el gobernador romano; de manera que el gran Sacerdote no fué después considerado más que como el juguete de estos poderes intrusos. La religión decaía notablemente en medio de la gran pompa de las ceremonias; las sectas se multiplicaban y llenaban la ciudad de disputas y agrias cuestiones, y la misma división penetraba en las escuelas y hasta en el interior del Templo. Los saduceos, ricos, incrédulos y burlones, excitaban al desprecio de la Ley; los fariseos, llenos de orgullo y de dureza, la ultrajaban de una ú otra manera, recargándola de prácticas insoportables, que hacían su cumplimiento superior á la debilidad humana, y la convertían en objeto odioso á la razón; los esenios se imponían reglas de vida austera y esclavizaban la libertad legítima; pero, en cambio de eso, se eximían del cumplimiento de los preceptos, rechazaban las tradiciones y pretendían honrar á Dios sin ofrecerle sacrificios. Grandes eran los desórdenes que se seguían de esta confusión de los espíritus, nuevo signo que los hombres doctos no ignoraban. En el corazón de los justos y de los sabios, casi siempre á la esperanza va unido el presentimiento de una catástrofe.

Todos esperaban al Mesías, y sobre ese punto no había ningún incrédulo; pero al mismo tiempo todos se extraviaban cada vez más acerca de la verdadera noción del divino Libertador. El orgullo nacional contribuía á esa divergencia no ménos que el espíritu de secta. La dominación de los romanos, que era relativamente moderada, indignaba, sin embargo, al pueblo, al

que no faltaba razón para tenerse en más estima y considerarse superior á sus arrogantes dominadores; y muchas veces ese mismo pueblo, no solamente condenaba la rapacidad y crueldad de aquéllos, sino que también les acusaba de sacrílegos por haber violado insolentemente en repetidas ocasiones sus prácticas religiosas. Era, por lo tanto, esperado el Mesías bajo el concepto de un justo vengador, y los judíos habitualmente creían que el Deseado de las naciones vendría armado, terrible y triunfante para llenar sus deseos y para elevarles sobre los dominadores del mundo. Era muy natural que en corazones tan extraviados y tan apegados á las grandezas terrenas, al nacer el día del Mesías se formasen en ellos tinieblas más espesas que las que había durante la noche, pues el Mesías que había de venir pronunciaría estas palabras: «*Bienaventurados los corazones puros, y solamente me verán aquellos que no me pidan su reino, sino el mio.*»

Sin embargo, la paz reinaba en Judea como en las demás partes del mundo, porque César-Augusto había vencido en Roma todas las sediciones y en el mundo todas las guerras; las disidencias doctrinales de Jerusalén, que estaban dominadas por la esperanza, no turbaban en nada este estado de tranquilidad universal. Allí casi ningún partido era terrible bajo el punto de vista político, lo que no deja de ser un caso muy raro en la historia: Roma tenía un templo hipócrita entre todos los que ella había levantado, y le llamaba el *templo de la Paz*, cuyas

puertas quedaban abiertas durante la guerra, constituyendo esa ceremonia una especie de permanente plegaria para recordar la paz perdida. Mas desde Numa hasta Augusto, en ese período

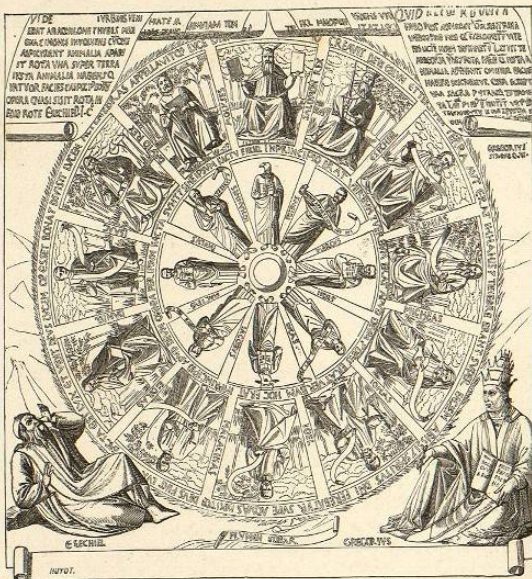


Lámina 18.—El Antiguo y Nuevo Testamento: pintura alegórica de Frá Angélico (conforme á una visión de Ezequiel, cap. 10), que se conserva en la Academia de Bellas Artes de Florencia y data del siglo XV.—El círculo exterior contiene los doce Patriarcas de la antigua Ley; el interior los cuatro Evangelistas y los Apóstoles Pedro, Pablo, Santiago y Judas, todos heraldos de la nueva Ley. En la izquierda está Ezequiel, viendo las ruedas simbólicas, y á la derecha se halla el Papa Gregorio el Grande, haciendo comentarios sobre la visión del Profeta.

de siete siglos, no se había cerrado el templo de la Paz más que dos veces, de las cuales la primera sólo duró algunos años y la segunda algunos meses. Mientras tanto, como para mostrar cuán difícil es obtener la paz por sola la fuerza material, las

puertas del templo, que habían sido cerradas en dos ocasiones por la mano homicida de Augusto, ó, mejor dicho, habían sido obstruidas con cadáveres de ciudadanos, volvieron á abrirse, empujando, al efecto, sus resortes la espada de Tiberio. Éste, victorioso en la Germania, realizó un acto, que puede llamarse el primer hecho evangélico, pues consiguió acallar el estrépito de las armas, y en medio del silencio que resultó quiso Dios derramar en voz baja la palabra de verdadera y eterna paz. El imperio comienza ya á cumplir los designios de Dios, y en lo sucesivo, quiera ó no quiera, no podrá separarse de ese fin. Las guerras sangrientas, que eran los acontecimientos más notables en la antigüedad, cesan por doquiera, porque estaba predicho que en la fecha á que nos referimos la tierra estaría en paz. Momento es este de cánticos y de triunfos; en Roma, Virgilio y Horacio elevan sus acentos armoniosos á los pies de Augusto y de Tiberio, príncipes vencedores; en Judea, en donde sobre un pobre pesebre descansa un tierno niño recién nacido, se oyen voces celestiales, que perciben solamente algunos sencillos pastores, y van á ser el cántico supremo del Evangelio eterno: «*Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*»

Día solemne para toda la naturaleza. En el vasto firmamento, los astros no se habían desviado de su marcha; nada había que reparar ni perturbación alguna se advertía en estos reinos inviolables de la regularidad. Sin embargo, una circunstancia



Lámina 19.—La Sibila tiburtina anuncia al emperador Augusto la venida de Jesucristo.—Cuadro al fresco, de Baltasar Peruzzi, que se conserva en la iglesia de Fuentejusta, en Sicilia, y data del siglo XVI.

debía indicar en ellos el advenimiento del nuevo Adán, del nuevo Moisés, del nuevo Josué y del Hombre á quien los demonios,

los ángeles, los vientos, las plantas, los mares y toda criatura debían prestar obediencia y sumisión. Esta circunstancia inició precisamente el Jubileo grandioso y universal de los planetas, pues todos en este momento habían cumplido sus revoluciones y estaban prontos á continuarlas ó á quedarse en reposo, y todos obedientes tomaron un nuevo rumbo como el día memorable en que al mismo Verbo de Dios, que les había criado de la nada y llamádoles por su propio nombre, cada uno de ellos respondió y dijo: «*Aquí estoy,*» y tomó la ruta que le estaba señalada.

Aquel que ha criado al mundo va á presentarse entre nosotros, viviendo de nuestra vida y llevando la debilidad de nuestra carne. Él es el Dios que nosotros buscamos y el hombre que se nos va á aparecer; pero el hombre no se nos mostrará sino para conducirnos á Dios.

Mientras tanto Jesús no permanece oculto ni disfrazado; ha pasado por la enfermedad, y, sin embargo, permanece en la gloria; pero, á pesar de eso, este sol, siempre hermoso y brillante, encuentra, después de diez y nueve siglos, hombres ciegos y obstinados que rehusan conocerle. Tal es el misterio de la humana libertad, con la que puede el hombre, en presencia de la evidencia, tener el mérito de creer, conservando, sin embargo, el formidable poder de negar. Si, habiendo jurado permanecer en las tinieblas, no tenemos bastantes fuerzas para salir de ellas, pidamos el auxilio de la gracia para llegar á ese

fin, pues, por lo demás, la razón sola está expuesta á confusiones que ni la inteligencia puede concebir ni adivinar, ni tampoco evitar, mientras que con la oración se alcanza la gracia, y con ésta se llega á la claridad. Pronunciemos las palabras poderosas que nos ha inspirado el Espíritu Santo para vencernos á nosotros mismos y para inclinar la misericordia de Dios, de la misma manera que la madre inspira al niño culpable la palabra que su padre le exige para reconciliarse con él y perdonarle su infidelidad; no seamos obstinados para con la clemencia divina, y no rechacemos nuestra salvación. Podemos todos los días exclamar : « ¡Señor, *haced que yo vea!* » Nosotros creemos siempre bien poco para dejar de sentir la necesidad de repetir estas otras palabras dirigidas á Jesús : « ¡Yo creo, Señor; *ayudad mi incredulidad!* »



Lámina 20.—La Resurrección de la carne.
 « Yo resucitaré y veré á mi Dios en mi carne » (Job, XIX, 26).
 Miniatura de una Biblia moralizada del siglo XIV.

SEGUNDA PARTE

JESUCRISTO VIVO